

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,  
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, ANTE EL PARLAMENTO EUROPEO

ESTRASBURGO, 17 de Abril de 1991.

Señores Parlamentarios:

Constituye un alto honor para el Presidente de Chile ser recibido en este Parlamento, que representa la vocación unitaria de las Naciones Europeas.

Es una feliz coincidencia que ello ocurra la víspera del día en que las Instituciones Comunitarias recuerdan los 40 años de la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, piedra fundacional de todo el proceso de construcción comunitaria. El 18 de abril de 1951, en París, los Padres Fundadores expresaron, con palabras premonitorias, que "la paz mundial sólo puede salvaguardarse mediante esfuerzos creadores proporcionales a los peligros que la amenazan" y suscribieron, a sólo seis años del fin de la guerra, el primer gran acuerdo entre los enemigos de ayer, cuya fecundidad perdura hasta nuestros días.

En este tiempo nuevo, cuando una ola democratizadora recorre nuestro mundo y los muros ceden paso a la libertad, los avances de la comunidad europea hacia su unidad económica y política están dando un nuevo rostro al orden internacional. Los pueblos latinoamericanos también estamos presentes en esta etapa trascendente de la humanidad, contribuyendo a este nuevo rostro universal con nuestro propio esfuerzo de democratización, desarrollo e integración. Signo de ello es la historia reciente de mi país. Los chilenos hemos recuperado pacíficamente nuestra democracia, de la que en el pasado tuvimos justo motivo de orgullo, a través de un largo camino recorrido con dolor y perseverancia por un pueblo que ama la libertad.

En este andar, Chile contó con la solidaridad de los pueblos europeos, que tomaron en sus manos la causa de la democracia chilena, inspirados en la defensa de valores compartidos. Es esta ocasión propicia para agradecer al Parlamento Europeo su valioso respaldo, que se manifestó en tantas

acciones de apoyo a los demócratas chilenos y a la defensa de los derechos humanos. Esta actitud y esta confianza se siguen reflejando en la constructiva y vital relación que ha surgido entre Chile y la Comunidad Europea durante el primer año de mi gobierno. La reciente ratificación del Acuerdo Marco de Cooperación entre la Comunidad Económica Europea y Chile, es una muestra de que hoy compartimos los mismos principios y un común optimismo en torno a la consolidación de nuestra democracia y los desafíos de su futuro. Es un signo, también, del fortalecimiento de nuestra amistad.

Permítanme compartir con ustedes algunas reflexiones sobre el proceso de recuperación democrática que estamos viviendo. Los chilenos tenemos cabal conciencia de los requerimientos, dificultades y peligros que él entraña. Creemos, sin falsa modestia, que lo estamos haciendo bien.

Chile vive un clima de plena libertad y de paz social, lamentablemente perturbado por algunas cruentas acciones de grupos violentistas que suscitan el repudio general. Dentro de la vía institucional que el pueblo chileno escogió, libre y soberanamente, para transitar del autoritarismo a la democracia, vamos avanzando a paso firme y decidido, con los escollos y demoras propias de todo Estado de Derecho. Los tres poderes constitucionales, Ejecutivo, Legislativo y Judicial, ejercemos nuestra autoridad con independencia, dentro de la esfera que a cada cual compete. Y tanto en el ámbito político -entre gobierno y oposición- como en el económico social -entre trabajadores y empresarios- prevalece la voluntad de buscar acuerdos por sobre las tendencias confrontacionales.

Esto es parte de la madurez de un pueblo que quiere superar sus divisiones y que aprendió en el sufrimiento a privilegiar la razón sobre la fuerza, a no confundir anhelos con posibilidades y a avanzar hacia sus metas de justicia y de progreso, con lealtad a los valores y principios, pero a partir de la realidad, conciliando -como Ulises- el coraje con la prudencia.

Este es el camino que se ajusta a nuestra vocación histórica. Sabemos que obliga a refrenar naturales impacencias e impone limitaciones no siempre bien comprendidas por quienes nos observan sin vivir nuestras circunstancias. Pero estamos ciertos que es justamente este delicado equilibrio entre continuidad y cambio el que nos ha permitido avanzar con éxito sin quedarnos enredados en nuestras peleas del pasado y sin los costos de muerte y destrucción con que suelen ir acompañados los derrumbes de las dictaduras. Estamos también ciertos que ésta es la forma de construir un sistema sólido para los chilenos de hoy y para los de mañana.

La experiencia de vuestro continente, que vivió la tragedia de la destrucción y de la guerra y que superó ese pasado, construyendo la Europa de hoy, tiene para nosotros un hondo

significado. Creo que, a la vez, el recuerdo de esa propia experiencia debe ayudar a los europeos a comprender y valorar en toda su dimensión el proceso que estamos viviendo en Chile.

Nuestro principal empeño ha estado orientado a buscar la reconciliación nacional. Para ello creemos indispensable enfrentar el problema de las violaciones a los derechos humanos acontecidos en los años pasados. Con este fin formamos la "Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación", integrada por personas de diferentes pensamientos políticos y reconocido prestigio moral que, tras nueve meses de intenso trabajo, entregó un Informe que establece la verdad sobre lo sucedido. Para nuestro pueblo éste ha sido un paso doloroso, de profundo contenido ético. Conscientes de que la verdad es el fundamento de toda convivencia, nos hemos enfrentado ante nuestros propios errores, para asumir un pasado de confrontación y violencia en aras de un futuro en que nunca más puedan repetirse los hechos que tanto daño causaron a nuestra patria.

Hoy en Chile podrá haber distintas interpretaciones sobre las causas que nos llevaron al enfrentamiento fratricida y a la pérdida de la libertad; pero ya nadie puede dudar de buena fe acerca de la realidad y magnitud de las violaciones a los derechos humanos que se cometieron. Ahora estamos abocados a vindicar la dignidad de las víctimas, a buscar justicia y a reparar en lo posible a los deudos. Sabemos que las heridas son lentas de curar, pero estamos recorriendo el camino que nos conduce a ello, con la voluntad y la esperanza de la inmensa mayoría del país.

Estamos avanzando, también, en la solución de la situación jurídica que afecta a algunos compatriotas que permanecen privados de libertad en calidad de procesados por delitos políticos. Sobre esto quiero ser muy claro: en Chile no quedan presos políticos de conciencia. Quienes no han recuperado su libertad están sujetos a proceso por delitos de motivación política que no habían tenido un juicio justo. Para remediar su situación hemos aprobado reformas legislativas y aún constitucionales que transfieren la mayoría de esos procesos de la justicia militar a la ordinaria, agilizan sus procedimientos y amplían la facultad del Presidente de la República para conceder indultos, lo que nos permitirá, por los cauces del ordenamiento jurídico, solucionar totalmente este problema en los próximos meses.

Creo mi deber dejar en claro que esta situación no debe confundirse con la de quienes persisten en acciones terroristas, negándose a aceptar la nueva etapa democrática que vive el país y pretendiendo escudarse tras la categoría de presos políticos, para ganar impunidad por sus crímenes. Frente a la violencia terrorista seremos implacables en aplicar todo el rigor de la ley. El Estado de Derecho que hoy impera en Chile así lo exige.

Señores Parlamentarios:

Vengo de un país que no sólo está viviendo un proceso político esperanzador, sino que también está experimentando un proceso económico positivo y promisorio. Tras diecisiete años de gobierno autoritario, Chile está demostrando que en el mundo en desarrollo una economía que crece, que es estable y busca ser equitativa, es compatible con un sistema político abierto y democrático.

Con mucho realismo podemos afirmar que en lo que hemos recorrido del camino, los resultados han sido positivos. Por eso, los chilenos miramos con optimismo nuestro futuro económico.

Un pasado de grandes fluctuaciones nos ha permitido lograr un amplio consenso acerca de la estrategia de desarrollo para el país. Existe pleno acuerdo sobre la necesidad de mantener una inflación baja, una gestión macroeconómica prudente, así como en la importancia de promover las exportaciones y participar del vigor del comercio mundial. Nuestra economía es y permanecerá abierta, y las políticas de mi Gobierno promueven sin complejos el comercio internacional y la inversión extranjera. Al mismo tiempo, cada vez hay mayor conciencia sobre la necesidad de que el desarrollo que buscamos sea integrador, involucrando a todos los habitantes de nuestra patria, no sólo en el esfuerzo sino también en sus beneficios.

De este consenso emana la orientación económica básica del Gobierno que presido. Chile se orienta, dentro de un sistema de mercado, hacia una economía solidaria y justa, en que el sector privado es motor principal del desarrollo, en colaboración con un Estado que concentra sus acciones en la provisión de servicios como salud, educación y vivienda. Nuestra mira es lograr un crecimiento económico sostenido, en que la expansión del producto vaya acompañada de crecientes grados de equidad social.

El regreso a la democracia ha consolidado un clima de estabilidad económica. Emprendimos un proceso de ajuste para frenar la creciente tasa de inflación heredada del pasado gobierno, que se ha completado exitosamente. Durante 1991 esperamos una inflación que será la mitad de la del año anterior, de las más bajas en América Latina. Hemos seguido incrementando nuestras exportaciones y la inversión foránea está alcanzando cifras elevadas. Chilenos y extranjeros tienen confianza creciente en las posibilidades de la economía nacional.

Chile mantendrá una conducta abierta al mundo, dentro de cuyos marcos aspiramos a desarrollar una política industrial y tecnológica destinada a agregar mayor valor a nuestras exportaciones -aún principalmente primarias- y fortalecer nuestro mercado a través de orientaciones que fomenten una mejor distribución del ingreso nacional. Nuestro país tiene todavía

enormes carencias en vivienda, salud y educación, que afectan a la dignidad de los chilenos y al desarrollo de nuestros recursos humanos. A ello se suman los problemas derivados del deterioro del medio ambiente, como resultado de una ausencia histórica de políticas de conservación y descontaminación, tareas a las cuales estamos dando una decidida prioridad.

Sabemos que, en un mundo interconectado como el que estamos viviendo, el esfuerzo, la creatividad y el entusiasmo de un país como el nuestro son importantes, pero no suficientes.

Chile pertenece, por historia y destino, a América Latina. Nuestros países enfrentan la tarea común de atender a los principales problemas que nos aquejan -pobreza, a veces extrema, atraso cultural, insuficiencia tecnológica, desesperanza de los desposeídos- para realizar un programa concebido en torno a los desafíos del siglo XXI, cuya meta es el pleno desarrollo de nuestras naciones, en libertad, justicia y paz.

Para lograrlo, la articulación de la región con las principales corrientes económicas del mundo y el reforzamiento de su tendencia hacia la integración constituyen un imperativo insoslayable.

Somos decididos partidarios de la integración latinoamericana. Fuimos impulsores de importantes esfuerzos en ese sentido. Con mayor razón lo somos ahora, cuando es un fenómeno que muestra su eficacia en los centros más dinámicos de la economía mundial. Sin embargo, no queremos que la retórica de la integración oculte sus dificultades. De hecho, los proyectos anteriores en nuestro continente han fracasado y sigue pendiente el ideal de una América Latina unida que soñó Bolívar. Para tener éxito, es preciso reconocer esos fracasos y aprender de los resultados de experiencias como la europea, buscando fórmulas realistas, viables y graduales para ir avanzando en la apertura de nuestro comercio recíproco y en el incremento de nuestras relaciones para el logro de una real integración.

La integración real, no la retórica, requiere de un flujo comercial y de servicios verdaderamente significativo. Chile mantiene un comercio intenso con sus vecinos latinoamericanos, que incluso arroja un importante déficit en nuestra balanza comercial. Pero la integración también requiere de políticas económicas compatibles, disposición a someterse a mecanismos colectivos, diálogo y entendimiento político.

La integración es apertura a la libre circulación de bienes, servicios, personas y capitales. Ella puede partir abarcando solamente un grupo de países que compartan algunos objetivos comunes, para luego ir ampliándose a quienes estén preparados para ello. También ella exige convocar a los empresarios, que en definitiva constituyen un elemento esencial para unificar los mercados.

Con satisfacción comprobamos que en nuestra región se han ido produciendo avances en tal sentido, expresados en importantes cambios en las estrategias de desarrollo y en los grados de apertura de nuestras economías.

La experiencia del actual diálogo político entre el Grupo de Río y la Comunidad Europea ha resultado muy constructiva. El acta de Roma podría abrir una nueva etapa en las relaciones entre las dos regiones, en la medida en que sepamos traducirla en contenidos reales y concretos. Tengo la esperanza de que la reunión de Luxemburgo, que tendrá lugar en los próximos días, sea coronada por avances concretos en los temas de financiamiento del desarrollo, cooperación científico-tecnológica y para la formación de expertos y ejecutivos en materias de integración, así como en el desarrollo de programas de intercambio comercial y tecnológico.

Este es un panorama que lleva al optimismo. Sin embargo, sería negligencia de nuestra parte no señalar también algunos peligros potenciales que se vislumbran en este nuevo escenario internacional. Quizás el mayor de ellos sea el proteccionismo y la tendencia a formar bloques de comercio cerrados. No podemos permitir que las guerras comerciales reemplacen a la guerra fría. Hoy día nuestras exportaciones encuentran trabas sustanciales en los mercados del mundo desarrollado. Nuestra propia experiencia en los mercados europeos, ha demostrado que los aranceles suelen ser bajos tratándose de productos primarios, pero tienden a subir drásticamente al incrementarse el grado de elaboración del producto. Al mismo tiempo, múltiples cuotas y restricciones no tarifarias limitan nuestros volúmenes exportados.

Por estas razones es imprescindible que la retórica del libre comercio se traduzca en acciones. La suerte de economías con vocación exportadora, como Chile, depende en gran parte de ello.

Estoy cierto de interpretar a todos los pueblos de América Latina al hacer, en este Parlamento tan representativo, un cordial llamado a vuestras conciencias de ciudadanos europeos. Los valores de respeto a la dignidad humana, equidad y solidaridad, que forman parte esencial de nuestra común cultura cristiana occidental -que nosotros heredamos de vosotros- nos exigen situar nuestras relaciones e intercambios sobre bases de justicia y conveniencia mutua.

Señores Parlamentarios:

América Latina y Europa pueden más que nunca avanzar en una asociación madura y productiva. Para este desafío Chile está dispuesto. Porque estamos comprometidos con la libertad y la democracia, porque creemos en la colaboración, en el esfuerzo y en

la imaginación, porque hemos recibido solidaridad y estamos dispuestos también a darla, Chile asume su cuota de responsabilidad en contribuir a la formación de un mundo más humano.

Al enfrentar este desafío, no podemos dejar de mirar hacia Europa. Ella ha estado siempre presente entre nosotros, en la política, en la economía, en la cultura y, también, en la sangre.

Muchas veces se ha dicho, también desde esta tribuna, que América Latina es la parte no desarrollada del Occidente. No lo voy a desmentir; pero pienso que ésta es una forma negativa de plantear esta relación. Prefiero pensar que América Latina es el mayor espacio futuro de desarrollo de occidente. Es la tierra donde el hombre europeo, eterno migrante, ha reencontrado siempre una parte esencial de su cultura, una visión del espacio geográfico y un concepto de civilización y trascendencia que abre nuevas fronteras y genera nuevas y creativas formas de vida. Hacer de este encuentro vital una vía de dos sentidos es el desafío mutuo de hoy y de mañana.

Inspirado en la experiencia europea, pero consciente de su condición latinoamericana, Chile asume su responsabilidad de demostrar que en un país pequeño y alejado, la democracia es compatible con el desarrollo, el cambio es compatible con la estabilidad y la libertad es compatible con la justicia.

Muchas gracias.

\* \* \* \* \*

ESTRASBURGO, 17 de Abril de 1991.

M.L.S.